

*Erotismo masculino*

## Los novios búlgaros

**Producción:** Cartel Producciones Audiovisuales S.A., 2003. **Dirección:** Eloy de la Iglesia. **Guión:** Fernando Guillén Cuervo, Eloy de la Iglesia, con la colaboración de Antonio Hens. **Director de Fotografía:** Néstor Calvo. **Montaje:** José Salcedo. **Música:** Antonio Meliveo. **Intérpretes:** Fernando Guillén Cuervo, Dritan Bita, Pepón Nieto, Anita Sinkovic, Fernando Albizu, Roger Pera, Roman Lucknár. **Duración:** 100 minutos. **Estreno:** 30 de abril de 2003.



Esta película supuso el regreso del guipuzcoano Eloy de la Iglesia (Zarautz, 1944) a la dirección cinematográfica. Autor de veintiuna películas entre 1966 y 1986 que lo hicieron ser comparado con Rainer W. Fassbinder o más lejanamente con Pier Paolo Pasolini, en ellas trató temáticas “osadas” que le supusieron numerosas trabas de censura. Sus mayores éxitos comerciales los tuvo con *Techo de cristal* (1970) y *La otra alcoba* (1976). Tras la muerte de Franco la recién estrenada libertad de expresión le permitió abordar de forma más explícita sus preocupaciones: marginalidad, sexualidad, sordidez, delincuencia, política... *El diputado* (1978) fue una de las primeras películas españolas que incidió directamente en la homosexualidad. *Navajeros* (1980) y *Colegas* (1982) tenían como eje la delincuencia juvenil, todo un subgénero en aquellos años. En *El pico* (1983), cuyo éxito dio lugar a una continuación, los provocadores temas que trataba eran la droga y la Guardia Civil en el marco del País Vasco.

Precursor de un Almodóvar cuyas obras serían, sobre todo en sus comienzos, mucho más disparatadas y melodramáticas, el cine de este homosexual declarado y comunista desengañado fue generalmente despreciado en aquel momento, acusado de oportunista, grosero, escandaloso y tremendista. Con su parte de verdad, lo mismo que una factura técnica que así pasen los años siempre será desaliñada, lo cierto es que con ojos de hoy constituye, lo mismo que el primer Almodóvar, un innegable testimonio de esos agitados años de la

Transición Democrática, donde en la pantalla aparecían cosas que nunca hasta entonces se habían podido mostrar.

Tras firmar *La estanquera de Vallecas* (1986) vino la noche oscura de su conocida adicción a las drogas, iniciada ya en los tiempos de *El pico*. Tras diez años de mutismo, su “comeback” se produjo con el homenaje y la retrospectiva que el festival de San Sebastián le dedicó en 1996. A *De la Iglesia* se le podía ver paseando por las calles donostiarres donde pasó sus años de juventud, con la mirada serena de quien ha visto el infierno y ha podido contarlo. Midió después las fuerzas que tenía con un dramático para televisión, *Calígula* (2001), a partir de la obra de Albert Camus, un tirano que según sus propias palabras era otro marginado más de los que deambulan por su filmografía. Defraudó a quienes esperaban otra orgía como la filmada por Tinto Brass en 1979.

Declarándose sólo adicto al cine (algo que también suele provocar trastornos psicológicos), Eloy de la Iglesia ha vuelto a la pantalla grande con *Los novios búlgaros* (2003). Sus apoyos los ha encontrado en Pedro Olea, cineasta y buen amigo, y en el actor Fernando Guillén Cuervo, el protagonista del citado *Calígula*. Necesitado de buenos papeles en su irregular filmografía –*Airbag* (1997), *Año Mariano* (2000), *Todo menos la chica* (2000), *No te fallaré* (2001)...– Guillén Cuervo, quien también se encargó de prestar su voz al malogrado José Luis Manzano en *La estanquera de Vallecas*, se ha implicado en el proyecto no sólo produciéndolo junto al autor de *La Corea* (1976) y *Un hombre llamado Flor de Otoño* (1977), sino coescribiendo el guión e incorporando el papel principal.

El objetivo era trasladar a imágenes la novela homónima que el gaditano Eduardo Mendicutti (Sanlúcar de Barrameda, 1948) publicó en 1993, escritor cuyas páginas se han centrado en mostrar la homosexualidad desde una perspectiva cotidiana y normal por medio de historias aparentemente banales, pero cargadas de ironía y penetración, dirigidas a reflejar las preocupaciones de un lector cómplice, pero también abiertas a un público más amplio capaz de valorarlas. Tras estudiar en un internado religioso y más tarde periodismo en Madrid, su primera novela, *Tatuaje* (1973), le hizo ganar el premio “Sésamo”. Por *Cenizas* (1974) recibió el galardón “Café Gijón”. Ambas fueron censuradas y no se editaron hasta la llegada de la Democracia. Luego fueron llegando *Una mala noche la tiene cualquiera* (1982), *Siete contra Georgia* (1987) (ganadora del premio “La sonrisa vertical”), *Tiempos mejores* (1990), *El beso del cosaco* (1995), *Yo no tengo la culpa de haber nacido tan sexy* (1997) y *El ángel descuidado* (2002), la historia del primer amor de unos adolescentes internados en un colegio religioso de la España de los años 60. *El palomo cojo* (1995), de Jaime de Armiñán, adaptación de la novela homónima que publicó en 1991, ha sido la única aproximación previa que el cine ha hecho a la obra de Mendicutti. Basada en el argumento clásico del muchacho que despierta a la vida durante unas vacaciones en casa de sus familiares, al hilo de ello descubría su sexualidad y su preferencia por los miembros de su mismo género, aunque el autor se declaró descontento al quedar prácticamente ininteligible la intuición de la homosexualidad por parte del niño. En *Los novios búlgaros* no ha

intervenido en la concepción del guión, limitándose a leer las dos versiones sucesivas que le presentaron. Tras el estreno de la cinta en el Festival de Málaga se mostró conforme con ella.

La adaptación no era fácil, al tratarse de un monólogo interior. Pero Eloy de la Iglesia consideró un reto “difícil y fascinante” trasladarlo al lenguaje cinematográfico. Contó también para ello con la ayuda de Antonio Hens Córdoba, autor hasta el momento de los cortometrajes *Tiempo propio* (1992), *Adiós Eva, te quiero (Zombies)* (1998) y *En malas compañías* (2000), donde describía las vicisitudes de un joven “chaperero” de dieciseis años en un centro comercial.

La historia no es una biografía aunque contiene muchos apuntes personales, diciendo el protagonista con resignación que todo lo que le pasó se lo buscó él. Guillen Cuervo, que hasta en algún momento se parece físicamente al director, es Daniel, un abogado de buena posición, bien avenido con su conservadora familia, aunque por las noches sale a frecuentar los ambientes “gay” del barrio de Chueca en Madrid. Pero esa dorada estabilidad empieza a desmoronarse cuando conoce a Kyril, un joven y atractivo búlgaro que ha llegado, como tantos otros emigrantes, buscando hacer las Américas en España. Consumido por ardiente pasión, su historia es la habitual de la degradación por amor, la misma de un hombre atraído por la mujer fatal de turno. Se siente como una ramera en manos de ese canalla eslavo, que le pide ayuda para guardar su dinero (de dudosa procedencia), para gestionar el permiso de residencia, para que lo excarcele cuando es detenido, para que le firme avales. A esto último se niega ya el abogado, aunque reconoce que su vida ya no es nada sin él. Llega también la novia del búlgaro, Kalina, formando los tres una peculiar familia. La escapada a Sofía para la boda de Kyril y Kalina (una digresión) y la visita a la finca familiar del abogado son los siguientes jalones del filme, rodado del 15 de julio al 6 de septiembre de 2002 entre España y Bulgaria, y que además tuvo en los papeles principales a Pepón Nieto (la “locaza” amiga del protagonista: parece disfrutar con un papel que no es la primera vez que interpreta) y el albanés Ditrán Biba (el magnético y bien retratado Kyril, aunque su interpretación sea bastante apagada). Entre los veteranos se encuentran Simón Andreu –viejo conocido del director en media docena de sus películas: *Juego de amor prohibido* (1975), *La otra alcoba* (1976), *Los placeres ocultos* (1976), *El sacerdote* (1978), *La mujer del ministro* (1981) y *La estanquera de Vallecas* (1986)– y Julita Martínez, siendo ambos los padres a los que Daniel visita en su finca; la sirvienta que también se encuentra en la casa es Emma Penella, la protagonista de *La estanquera...*

Esas vicisitudes hablan de la soledad de quien se halla fuera del rebaño, de sentimientos irrefrenables, de los problemas de la emigración, pero sobre todo, como ha quedado visto, de la homosexualidad. Desde los años noventa el cine ha visto crecer el número de películas sobre esta temática, directamente relacionada con el azote del SIDA. Dejemos por inacabable la lista. La reciente cinematografía hispana no ha sido una excepción, alternando las tradicionales historias de “locas” y “petardeo” con otras que han intentado dar una visión más realista y normal del hecho: *Alegre ma non troppo* (1994), *Hotel y domicilio*

(1995), *Amigo/ Amado* (1997), *Valentín* (2003), *Cachorro* (2003)... Esta perspectiva es la que ofrece *Los novios búlgaros* con su retrato de ese ambiente, el de los homosexuales maduros que buscan la compañía de jóvenes emigrantes ofreciéndoles ayuda económica. Un territorio que, aunque diferente al sórdido y marginal que De la Iglesia ha hollado en sus filmes precedentes, no le resulta ajeno al autor de *Los placeres ocultos* (1977). Acorde con la ironía de la pluma emponzoñada con que Mendicutti escribe sus libros, el tratamiento que le da no es el trágico que Luchino Visconti puso en *Senso* (1954), estando su tono lúdico más próximo al estilo desmadrado de *The Rocky Horror Picture Show* (1975), al humor negro que destilan las penas de la vida, al escepticismo que dan los años. Esta farsa despreocupada y nada correcta bien pudiera haberse titulado “la divertida tragedia de un marica solitario”, algo en lo que hacen pensar las escenas entre Guillén Cuervo y Pepón Nieto, casi sacadas de una película de Mariano Ozores. Se supone que el director, cuya labor de realización da por otra parte demasiados bandazos, sabe de lo que habla.

Una película como esta, llena de erotismo masculino, requiere de un público cuando menos con algo de complicidad. Su aceptación en las salas de cine fue tibia (86.520 espectadores que dejaron 380.000 euros en las taquillas). En líneas generales, la crítica saludó el aludido acercamiento a la homosexualidad desde un prisma de aceptación, aunque haciendo constar las carencias formales de la cinta y sus vacilaciones en la dirección. Fue presentada en la sección Panorama del Festival de Cine de Berlín 2003 y en la competitiva del Festival de Cine Español de Málaga 2003. En el Festival de Cine Gay y Lésbico de Philadelphia ganó el Premio del Jurado en el apartado “Gay Male”.

*Francisco M. Benavent*